

Levante 17 de abril de 2005

En domingo

La calle de la Paz era el verdadero centro cultural y político de la ciudad, donde se concentraban numerosos edificios de organizaciones y locales de ocio durante el período en el que el Gobierno republicano residió en Valencia.



Rafel Montaner ■ VALENCIA

FOTOS: FINEZAS/WWW.UV.ES

El 7 de noviembre de 1936 el Gobierno de la República se traslada de Madrid a Valencia «para organizar desde aquí la victoria definitiva», cuenta en un titular que ocupa toda la portada *El Mercantil Valenciano* del domingo 8 de noviembre de ese año. La llegada del Gobierno del Frente Popular, encabezado entonces por el socialista Francisco Largo Caballero, transforma la ciudad en un homiguero de espías, políticos, intelectuales, periodistas y refugiados que se entrecruzan en sus calles, hoteles y cafés durante los casi 12 meses en los que Valencia fue capital.

«Sacar de los sótanos del olvido esta memoria de la ciudad», apunta Lucila Aragón, es la principal razón de ser de la web sobre la Valencia republicana (<http://www.uv.es/republica>) que ha puesto en marcha esta informática junto al fotógrafo José María Azkarraga y el arqueólogo Juan Salazar. En ella se recopilan textos, imágenes y vídeos con testimonios de los que vivieron aquella época así como también una guía urbana de los lugares que aún la evocan.

A un año vista del 75 aniversario de la proclamación de la República y de las siete décadas del estallido de la Guerra Civil, florecen como nunca las publicaciones y las actividades de recuperación de la memoria histórica de Valencia. Así, además de la web, dos libros de reciente aparición [*Joaquín Sanchis "Finezas" Fotografía de Guerra* de Albert Girona y *Enterrar a los muertos* de Ignacio Martínez de Pisón] retratan la vida de una urbe, que como describe Girona en su obra sobre el fotógrafo valenciano, se convierte de la noche a la mañana «en capital del antifascismo mundial y en foco político y cultural de permanente agitación».

En la calle de la Paz y su entorno bulle la actividad cultural de la ciudad con la arribada de centenares de intelectuales y artistas de Madrid y de otros lugares evacuados. Los dos epicentros de la calle son el Hotel Palace —un edificio en el número 42 de esta vía demolido recientemente y del que sólo se mantiene en pie la fachada— que tras su reconversión en Casa de la Cultura pasa a ser conocido por los valencianos de la época como la *Casa dels sabuts*, porque allí se

Continúa en la página siguiente

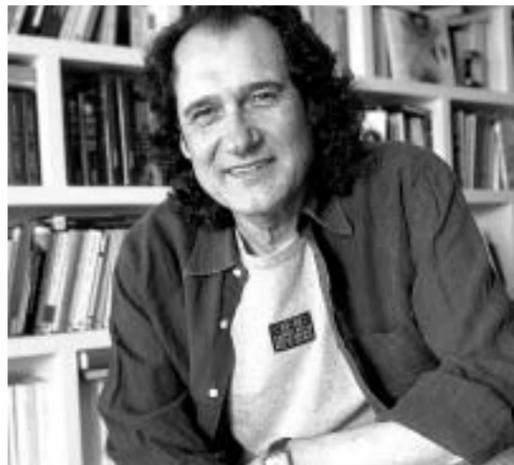
Y Valencia fue capital

Entre el 7 de noviembre de 1936 y el 31 de octubre de 1937, Valencia fue la capital de la II República. Centenares de políticos, intelectuales, refugiados y espías convirtieron la ciudad en el referente mundial del antifascismo y en un foco de permanente agitación política y cultural. Los bares, cines y teatros continuaban abiertos bajo el tronar de las bombas, mientras la prensa de Madrid criticaba la disipada vida de esta urbe de retaguardia bautizándola como «El Levante feliz». La marcha del Gobierno a Barcelona ante el avance de las tropas franquistas y el recrudecimiento de los bombardeos enmudecieron la ciudad.

6/7 ENTREVISTA

Alfons Cervera

«Zanjar el tema de las dos Españas es un cuento chino que nos quieren endilgar desde el discurso del consenso»



5 BOTÁNICA

Enebro, en la playa y la montaña

La Dehesa del Saler recupera una de sus especies autóctonas

VALENCIA, CAPITAL TRICOLOR

ENTRE 1937 Y 1938, LA CIUDAD VIVIÓ UNA ACTIVIDAD POLÍTICA Y CULTURAL SIN PRECEDENTES

Un paseo por la Valencia republicana

Viene de la página anterior

alojaron literatos de la talla de Rafael Alberti, León Felipe, Rosa Chacel, el estadounidense John Dos Passos u Octavio Paz.

El 4 julio de 1937, el Palace será la sede del II Congreso de Escritores Antifascistas, y entre sus paredes se dan cita autores internacionales como Andre Malraux, Pablo Neruda, Alexis Tolstoi, Antonio Machado o José Bergamín, entre otros. Azkárrega lamenta que no se haya conservado el Palace «para museo de la República, que no hay ninguno en España».

El segundo punto de reunión de esta céntrica arteria era el café-restaurant Ideal Room, en la esquina con la calle Comedias y cuyo lugar ocupa ahora una tienda de lencería. La web de la Valencia republicana recoge la descripción que hacía del Ideal el escritor Esteban Salazar: «Entrar por la tarde en el Ideal Room no era como entrar en la Granja, en el Lyon o en el Regina, cafés literarios y artísticos madrileños; era como entrar en esos tres cafés a la vez, pues en el Ideal Room se encontraban siempre elementos de las peñas de todos ellos».

Cerca de allí, en la calle Trinquete de Caballeros, los artistas e intelectuales locales ocuparon una casa señorial para crear la Alianza de Intelectuales contra el Fascismo. Un faro cultural en el que brillaron con luz propia el escritor Max Aub o el cartelista Josep Renau.

En la misma calle de la Paz, también se encontraba la sede central de la sección de Prensa y Propaganda de la CNT, para la que trabajaba Finezas como colaborador gráfico de la prensa anarquista.

Otro hervidero de la ciudad era el Hotel Victoria de la calle de las Barcas, que había perdido el Reina tras la proclamación de la República. Un lugar que Dos Passos describe, según cuenta Martínez de Pisón en su libro, como «ese nido de correspondientes [entre los que se encontraba Ernest Hemingway y Robert Capa], agentes gubernamentales, espías, traficantes de armas y mujeres misteriosas».

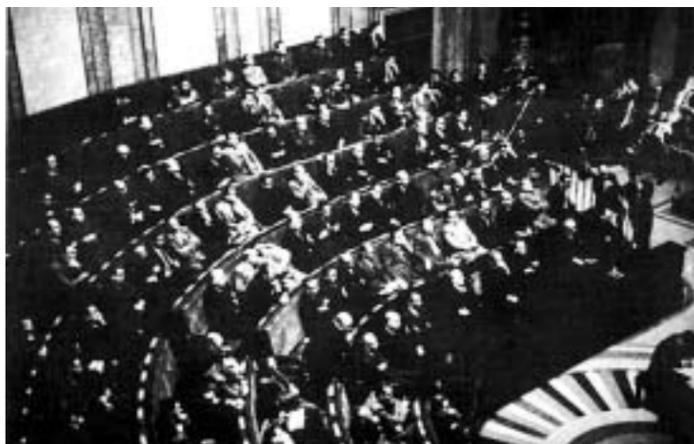
Girona relata que con el desembarco del ejecutivo de la República «reaparecieron sombreros y corbatas, los buenos trajes y los brillantes calzados», y con ellos las demandas de restaurantes y espectáculos [Valencia contaba entonces con siete teatros y 35 cines] e «incluso de cabarets y prostitutas, que volvieron a darle un tono de "douce vita" a la ciudad».

Este ambiente frívolo no escapa a la crítica de la prensa anarquista o los diarios de Madrid e incluso de los rotativos locales como *El Mercantil Valenciano*. Los primeros, señala Girona, calificaban «malévolamente» esta atmósfera discolorada propia de una ciudad de retaguardia como «el frente de Ruzafa».

Los principales enclaves de la Valencia republicana.
Sobre un plano del centro de la ciudad de 1930

1	Instituciones políticas	1	Cultura
<p>Emplazamientos de los principales refugios contra los bombardeos.</p>	1.- Servicios de Presidencia y Guerra.	7.- Ministerio de Sanidad.	1.- Sala Blava
	2.- Recepciones de la presidencia de la República.	8.- Ministerio de Justicia.	2.- Acció d'Art.
	3.- Ministerio de Hacienda.	9.- Ministerio de Propaganda.	3.- Casa de la Cultura
	4.- Ministerio de la Gobernación.	10.- Hotel Metropol, sede de la embajada soviética.	4.- Ideal Room
	5.- Ministerio de Comunicaciones.	11.- Hotel Palace, sede de la Casa de la Cultura.	5.- Sede de la Alianza de Escritores para la Defensa de la Cultura.
	6.- Ministerio de Trabajo.	12.- Hotel Victoria, sede de los intelectuales extranjeros.	6.- El Mercantil Valenciano
		13.- Torres de Serranos, Tesoro Artístico Nacional.	7.- Periódico El Pueblo
		14.- Colegio del Patriarca, Tesoro Artístico Nacional.	8.- Diario de Valencia
		15.- Sede de Mujeres Libres, de la CNT.	9.- Foto Club
		16.- Socorro Rojo Internacional (actual Corte Inglés)	10.- La imprenta Moderna, donde Max Aub publica <i>Fábula Verde</i>

FUENTE: WWW.IV.ES



Arriba, imagen del Gobierno republicano en el Ayuntamiento de Valencia. Sobre estas líneas, André Malraux a las puertas del Palacio del Marqués de Dos Aguas. Ambas fotos son de 1938.

«Si no hubiera sido por los muertos en los bombardeos, aquella Valencia era una fiesta», recuerda Josep Vañó a sus 83 años cuando se le pregunta como se vivía en la capital de la República. Apenas tenía 15 años cuando el 31

de octubre de 1937 el Gobierno se traslada a Barcelona, pero todavía siente las emociones de aquel año «en el que parecía que la gente no se daba cuenta de que había una guerra». «Los cines y los teatros por la noche apagaban las luces de la

«Si no hubiera sido por los muertos en los bombardeos, aquella Valencia era una fiesta en la que los cines y teatros apagaban las luces de la fachada por la noche pero dentro seguía la función»

fachada y la ciudad se quedaba oscuras, pero dentro seguía la función», relata.

Otro testimonio de la época, un veterano de la Federación Universitaria Escolar (FUE) que está apuntado de cumplir 85 años y que prefiere que se le cite con el seudónimo de Federico, apunta que los cabarets «los copaban los anarquistas de la Columna de Hierro y en ellos se formaban unos grandes pelotones». «Había mucho movimiento en la ciudad, puesto que hay que tener en cuenta que a ella bajaban los combatientes del frente», evoca Federico que entonces tenía 17 años.

Vicente Ramis, también de la FUE y de 85 años, insiste que los bares «los frecuentaban los soldados que venía de permiso con la paga, nosotros no teníamos dinero ya que éramos estudiantes».

Uno de los lugares preferidos por los que volvían de las trincheras para disfrutar tal vez de sus últimas horas de diversión antes de volver al combate era el bar Wodka, tam-

bién en la calle de la Paz, «lo que ahora —narra Federico— son las oficinas de Iberia (en el número 14) y que después de la Guerra se rebautizó como bar Navarra porque Wodka era demasiado ruso».

El ambiente descocado del Wodka fue reprobado en gran artículo que ocupa las dos columnas centrales de la portada de *El Mercantil Valenciano* del miércoles 7 de julio de 1937. La crónica, firmada bajo la sigla Z, empieza con un elocuente «Estamos, más que hartos, hasta más arriba de la coronilla de ver rodar en algunos periódicos (de Madrid) la frase puesta de moda. ¡El Levante feliz! ¡El Levante feliz!»

«No es culpa nuestra nuestra si el consumo de la cerveza ha subido como la espuma. Tampoco de las "soirées de Cachupín" que se celebran en el famoso Wodka, de nueve de la mañana a siete y media de la tarde», se lee en el artículo.

El columnista se felicita por la orden del Ministerio de la Gobernación de clausurar el local, «cerrándo-les el templo a los tanguitas y estropeándo-les el pasodoble, es decir, el "wermouth", a muchos héroes de la retaguardia y a infinitos certificados de trabajo», en referencia a los que estaban exentos de ir al frente por sus destinos laborales.

Z critica a aquellos que a «las 12 del mediodía, a cualquier hora, amuellados en los sillones modernistas y empingorotados sobre los taburetes americanos en torno a la media herradura del mostrador, frivolean (...) Parece que no transcurran las horas en estas paredes de tonos blanco y rojo del Wodka».

«¿Con que tripas pasarán por tal lugar de la calle de la Paz los padres que tienen a sus hijos en la retaguardia?...» Se pregunta Z para cargar a continuación contra las mujeres del Wodka: «Esas niñas de pico y alas, que les hacen corro a los gandules, envolviendo entre el humo de "egipcios" y de "kammel" sus sedas descocadas, como muestrarios de piernas a través de los escaparates...»

A mitad de 1937, ante el avance de las tropas franquistas, las consecuencias de la guerra se hacen cada vez más presentes en Valencia en forma de bombardeos y noticias descorazonadoras del frente. El Gobierno impone el orden en la retaguardia y no cierra sólo el Wodka, sino también los cabarets de la ciudad. «Aquello era una cosa muy frívola para la guerra», apunta Federico.

LOS BOMBARDEOS. La lluvia de hierro que descargaban sobre la ciudad los bombardeos *Savoia* italianos y los buques cañoneros de Franco martilleaban los ánimos de una ciudad que como revela Girona sólo podía albergar en sus refugios antiaéreos al 12% de los más de 318.000 habitantes con los que contaba en 1939.

Valencia sufrió «más de 440 bombardeos que dejaron un rastro de alrededor de un millar de muertos, más de 3.000 heridos y 900 edificios destruidos», explica Azkár-



Imagen del bombardeo en el Hotel Inglés, el 26 de enero de 1938.

rraga, quien en compañía de Marco Cano, Hernán Talavera y Estrella Ros han rodado un documental con testimonios de los que vivieron bajo las bombas.

Uno de estos testigos es Vicente Verdeguer, que el próximo 29 de mayo cumplirá 91 años y que llegó a ser escolta personal de Largo Caballero. Vicente presenció uno de los peores ataques aéreos. El miércoles 26 de enero de 1938 seis *Savoia* se cernieron sobre Valencia a las 13.50 horas. Primero bombardearon el puerto y luego golpearon el centro, especialmente la calle de la Paz y Poeta Querol, causando «125 muertos y 208 heridos» según informó *El Mercantil* al día siguiente.

«No me gustaba ir a los refugios y estaba en la calle cuando una bomba cayó frente al Hotel Inglés destrozando la fachada. Otra impactó ante una barbería colectivizada de la calle de la Paz. Los mató a todos, a los barberos y a los clientes que guardaban cola en la calle para afeitarse», narra con el miedo todavía en sus ojos para añadir a continuación: «Ojalá nadie tenga que volver a pasar por una guerra como ésta».

Valencia sufrió «más de 440 bombardeos, que dejaron un rastro de alrededor de un millar de muertos, más de 3.000 heridos y 900 edificios destruidos»

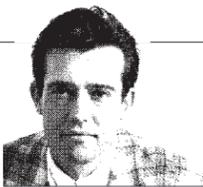


Vicente Verdeguer, escolta de Largo Caballero. FOTO: J. M. AZKARRAGA

Un callejero revolucionario

La furia revolucionaria que se desata en 1936 sacude el callejero de Valencia, donde con asombrosa facilidad grupos de milicianos o una junta municipal cambiaba los nombres de las calles sin molestarse en notificarlo al Consejo Municipal (Ayuntamiento), por lo que éste tuvo que apelar a la conciencia general para evitar el desbarajuste que provocaban las rotulaciones incontroladas. Así, la revolución impregnó las calles con nombres como avenida de la Unión Soviética (actual Blasco Ibáñez) o de

Lenín (avenida del Puerto). La Gran Vía Marqués del Turia pasó a llamarse de Buenaventura Durruti (en la imagen inferior, el día de su nueva rotulación) y la plaza de Tetuán fue bautizada como la plaza Roja. Las principales arterias urbanas fueron dedicadas a líderes de la izquierda: Pablo Iglesias (calle María Cristina), Máximo Gorki (Comedias), Largo Caballero (San Vicente)... En 1940 los vencedores rotulan más de 400 calles con los iconos del régimen franquista, títulos que se mantendrán durante más de 40 años. ■ R. MUNTANER



Lluís Fernández

GUIRIGAY

Briconsejos

EN pocos días, y no sé por qué, he recibido mogollón de llamadas pidiéndome que le haga vudú a esa concejala que ha logrado, ella misma, hundir la Mostra de Cine en la mitad de tiempo que el PSOE tardó en hundir la suya. Hasta José Pepe me ha pedido que le haga una macumba a la *Exterminator-3*. Pero como no soy la niña del exorcista, a todos les he dicho que no. Que esa petarda no merece ni una sola invocación y que, en todo caso, para eso está la oposición. Aunque, bien mirado, la oposición debe de estar más que contenta. Encantada. ¿Qué mejor aliada va a encontrar para desestabilizar la Mostra y boicotearle a la Alcaldesa todos los directores que ésta le imponga? Vale, dice ella. Tú los nombras, y yo los aburro o les doy cuerda para que se ahorquen o les hago caer en una celada y: ¡Hundidos! ¡Menudo currículo directórica tiene la *Exterminator-3*! Cuatro directores en cuatro años. ¡Slug! Ya veremos lo que le dura el nuevo.

Sinceramente, yo prefiero hablar de cosas insustanciales. Además, a estas alturas, ¿a quién le importa la Mostra? Es más de risa que los minipisos de la ministra de soluciones habitacionales. Una idea que, sinceramente, me parece genial. Igualito que en Cuba. Y sin necesidad de abolir la propiedad privada, que a los españoles no les iba a gustar nada, nada. Ni tener que estatizar los medios de producción. En Cuba, excepto la clase dirigente del régimen y el arte comprometido, cada cubano tiene derecho a una habitación diminuta. A la nomenclatura, gracias al bondadoso dictador Fidel, se le concede una mansión colonial con todos los lujos que los dólares *socializados* pue-

dan comprar. Todos. Los edificios en ruinas son para el pueblo. Lógico, ¿no? Y están divididos horizontal y hasta verticalmente, y muy bien apuntalados. Y para que cada habitación tenga su desahogo, las numerosas familias del condominio disponen de un baño junto a la cocina y el lavadero comunes. No digo yo que la *Trujillo* les entregue los minipisos con un olla Magefesa, como en Cuba. Aquí aún nos da para eso. El *briconsejo* que le brindo es construir minipisos tipo *13 rue del Percebe* que incluyan barbacoa desmontable de Ikea. Como a los cubanos la pobreza les agudiza el ingenio, en cuanto pueden se hacen lo que allí llaman una *barbacoa*: Un altílllo rústico, siempre que la altura de la solución habitacional lo permita, y allá arriba disponen el dormitorio, sin ventilación, ardiendo como una *barbacoa*. Eso sería un aliciente para que los minipisos tuvieran más aceptación entre los jóvenes y desarrollaran, de paso, las manualidades, construyéndose ellos mismos su *barbacoa-dormitorio* ideal de 70 cm. de altura. Ya saben que el *modulor* no da para más.

José Pepe, que también vino con nosotros a Cuba, reconoce lo mucho que ha tardado en darse cuenta de la situación siniestra en la que vivían los habaneros. Aún recuerda las palizas que nos daba alabando las conquistas educativas y sanitarias de la dictadura caribeña y con qué furia se negaba a reconocer la evidencia.

¡Ay!, la *ideología progre* me tenía ciego, exclama, un tanto melodramáticamente para mi gusto, como si acabara de operarse de cataratas progresistas. Pero es emocionante verle dar sus primeros pasos liberales. Los aconteci-

mientos políticos del último año han sido el detonante crucial. Su caída del caballo. El punto de almohadillado o de boatiné, según se mire. Así lo ha expresado él: *Uno piensa que puede caerse del caballo pero no del suelo, y no es verdad*. Para ello sólo tienes que reconocer lo evidente. Eso que la izquierda niega y reniega, pese a que se tiene por las elites más críticas, informadas y reflexivas del mundo mundial, ajenos a la ilusión ingenua. El caso es que fue reconocerlo y caer, sinuoso, el velo de Maya que le tenía el pensamiento cautivo.

Lo peor, me dice, *es que los progresistas nos creemos superiores a la gente común. Pensamos que somos más críticos y exigentes, ajenos a la ilusión alienante del pueblo llano. Pero es mentira. Sólo he tenido que ignorar lo que decimos para ver lo que hacemos y percatarme de hasta qué punto la ideología me hacía negar la evidencia. Sobre todo esa fantasía de que detentamos el monopolio de la cultura*. Como aún está a tiempo, le pongo un ejemplo al azar: el de *Savater*, por si quiere volver a alienarse como *Sartre*. Desde que se enroló en *¡Basta ya!*, oponiéndose a la dictadura sigilosa y criminal en las vascongadas, su prestigio progre se ha resentido y lo miran igual que comenzarán a mirarte a ti: por encima del hombro. Así que dispone a ser tildado de *neoon* y a una lluvia de insultos. *Como si ser neoon fuera peor que ser progre. ¿No?*, afirma preguntado.

Lo es, le contesto. Es lo que suele suceder cuando se desvanece el colectivo invisible que te arropa con el abrigo de la *doxa*, del pensamiento único dominante. Pero advierto un brillo afirmativo en sus ojos. Ese *clinc* iridiscente que restalla, cristalino, en el borde de una copa lavada con un portentoso lavavajillas.



ILUSTRACIÓN: ELISA MARTÍNEZ

VALENCIA, CAPITAL REPUBLICANA

La vida cotidiana

La evolución experimentada por Valencia a raíz de la proclamación de la República fue espectacular en todo lo relacionado a las mentalidades, la vida cotidiana o la cultura urbana. En ese sentido, si durante los años veinte había mostrado una vitalidad encomiable, la década de los treinta, con la democracia republicana y el proceso reformista abierto, acabó por imprimirle un tono cosmopolita y moderno.

Albert Girona ■ VALENCIA
FOTOS: FINEZAS

EN una primera impresión, la ciudad parecía conservar muchos de los aspectos tradicionales que le habían conferido en el pasado un tono ruralista y provinciano. Sus calles, por ejemplo, todavía se llenaba a diario de agricultores de l'Horta dispuestos a vender sus productos, mientras los clásicos vendedores ambulantes (*drapaires, esmoladors, llanterners...*) seguían ofreciendo sus servicios en una ciudad aún dominada por caballerías y entoldados de lona, que le daban un colorido mediterráneo a callejuelas, plazas y mercados. Esta imagen, sin embargo, comenzaba ya a contrastar con la nueva ciudad de los grandes mercados (Mercat Central y de Colón), de la Plaza de Emilio Castelar (con sus emblemáticos edificios oficiales, comerciales y bancarios), de las grandes avenidas, jardines y paseos. A finales de la década de los veinte, además, la rápida introducción de los automóviles para el desplazamiento por la ciudad había obligado a mejorar sus calles, construyéndose los primeros autogarajes e instalándose los primeros concesionarios (Buick, Oldsmobile, Renault).

Los cambios más significativos, con todo, estuvieron ligados al desarrollo de un concepto nuevo de lo que era el espacio urbano, y que tuvo mucho que ver con el progreso de la terciarización, el incremento de la clase media urbana y la creciente demanda de todo tipo de servicios (transporte, comida, ropa, cultura, entretenimiento, deporte, ocio), que erosionaron las tradicionales formas de vivir con sus nuevos hábitos y costumbres.

El gusto elitista y burgués del noucentisme, por ejemplo, dejó de tener sentido cuando se acentuó el consumo de bienes culturales y se desarrolló la cultura de masas. Prueba de ello es que las tertulias, antaño elitistas y extravagantes, se trasladaron de los recónditos cafés (España, Ateneo, Agricultura, Inglés o de la Escocesa) a los nuevas cafeterías como el moderno y concurrido Lyon d'Or, el Ideal Room, el Café del Siglo, las cerve-

cerías París y Fénix o el café Wodka, locales frecuentados por intelectuales y artistas como Max Aub, Renau, Ángel Gaos o GilAlbert, por políticos y por inquietos jóvenes interesados por las más diversas actividades culturales.

Su contrapunto eran las populares tabernas y casas de comidas del centro y de las barriadas periféricas. Animadas todo el día por proletarios industriales, albañiles, dependientes o agricultores de l'Horta, seguían manteniendo la tradición de las clásicas tabernas de principios de siglo (Casa Cames, Capellà, Felipa, Colau o de la Folguera), dedicadas a expender vinos y licores, a preparar comidas baratas e, incluso, a la venta de todo tipo de productos, desde vinagre o aceitunas a escobas y cacharros.

En cuanto a la alta cultura, la lánguida vida de las instituciones burguesas tradicionales (Ateneo Mercantil, Sociedad de Agricultura, Centro de Cultura Valenciana, Lo Rat Penat, Academia de San Carlos), no dejaba de contrastar con la vitalidad y la renovación de jóvenes entidades como la Sociedad Filarmónica, la Sociedad Coral el Micalet o los vanguardistas focos culturales obreros republicanos o anarquistas.

En estos años en que, además, se impone el gusto por los espectáculos, el deporte y el ocio, Valencia no dejó de esforzarse por cubrir a su modo y manera este tipo de demandas. La afición desmesurada por la zarzuela, la revista, el music hall, el vodevil, el cuplé o la canción española, obligó a teatros como el Ruzafa, el Apolo, el Alcázar o el Princesa a programar este tipo de espectáculos, que eran recibidos con tanto entusiasmo como el cine sonoro (Doré, Metropole, Actualidades Film, Suizo, Tyrís, Capitol) o el teatro (desde el «teatro para pensar» al «teatro para reír», al sainete en valenciano o esporádicos conciertos de ópera), con una docena de locales nuevos construidos desde principios de siglo (Eslava, Grand Palais, Romea, Triánón Palace, Regüés, Benlliure, Nostre Teatre, Libertad). En cuanto al mundo de la noche, ofrecía incluso mayores posibilidades, con salas de baile como



Los cambios más significativos los propició el desarrollo de un concepto nuevo de espacio urbano. Valencia dejó de ser un gran mercado rural para dar paso a una nueva clase media urbana.

el Hollywood, el Tabou o el Walkis; cabarets como el Bataclán, el Edén Concert y el Novetats; los *caus d'art* o cafés cantantes, como el As de Oros o la Gran Peña, siempre atentos a la programación de espectáculos picantes.

TOROS Y DEPORTES. El Valencia Football Club, creado en 1919, hubo de trasladar en 1929 su campo del Algirós al nuevo Mestalla por la necesidad de crear grandes espacios deportivos capaces de albergar a miles de aficionados. Lo mismo que su eterno rival, el Gimnástico F.C. cambió su tradicional terreno de juego por el Stadium del río, situado entre los

Arriba, una imagen de una calle de Valencia que muestra su carácter rural. Sobre estas líneas, una fotografía de la plaza Emilio Castelar en los años treinta.

puentes de la Trinitat y del Real. Un club que acabaría fusionándose después con el Levante en un único equipo, eterno rival desde entonces del Valencia F.C.

En cuanto a seguidores y afición, el boxeo no le andaba a la zaga al balompié. En las veladas del Cine Colyseum o de la Plaza de Toros desfilaron las mejores figuras del momento, como el Tigre de Alfara y Baltasar Berenguer, Sangchilli, llegando a reunir hasta veinte mil personas. Otros deportes de interés eran los relacionados con las apuestas, como la pelota valenciana, el frontón (las partidas del Jai Alai y del Frontón Valenciano) y las carreras de galgos (en el tradicional Canódromo Vallejo). Pero también la natación (en la Piscina de las Arenas y en el Club Náutico), el motorismo o el ciclismo, que tenía su cita anual en la Vuelta a Levante, organizada por el diario *El Pueblo*. Ligados al ámbito universitario y a la FUE despuntaban igualmente el básquet, el rugby, el hockey y el atletismo. El espectáculo deportivo, con todo, no consiguió desplazar el interés de los valencianos por

los toros (Vicente Barrera, Marcial Lalanda, Enrique Torres, Cagancho, Ortega, Niño de Valencia, el Gallo y Belmonte) y los espectáculo cómicotaurinos de El Empastre o Llapisera.

Evidentemente, los medios de comunicación captaron con rapidez todos estos cambios y se esforzaban en cubrir al potencial público con aquello que le interesaba: espectáculos, deporte, publicidad... La proliferación de revistas y magazines monográficos o la creciente atención de la prensa diaria por estos temas muestran hasta qué punto la cultura y el mercado de masas impulsa una prensa también de masas con periódicos como *El Mercantil Valenciano*, *Las Provincias*, *El Pueblo*, *La Correspondencia*, *Diario de Valencia* o *La Voz Valenciana* y una larga lista de revistas obreras y de semanarios especializados como *La Semana Gráfica*, *Valencia Atracción* o la popular *La Traca*. Respecto a la radio, sólo existía una emisora, Unión Radio, que emitía de 1 a 3 de la tarde y de 9 a 12 de la noche una programación basada en musicales y deportes.

Al igual que otras realidades asociadas a lo moderno, los cambios fueron perceptibles también en el consumo, el ocio y las costumbres. Los nuevos hábitos de consumo eran ya una realidad en Valencia desde los alcistas años 20, cuando se abrieron tiendas de todo tipo. Los primeros Grandes Almacenes, los de Ernesto Ferrer, habían sido construidos en 1918 en un moderno edificio de la Plaza de Emilio Castelar, con toda la gama de productos imaginables, desde lavabos a accesorios de todo tipo para el hogar. El interés por la moda, además, relanzó las tiendas de corte y confección (como Oltra o Gamborino), que solían organizar intermitentemente desfiles de moda para un público que se enteraba de las novedades leyendo la publicidad y mirando las fotografías de la moda femenina en *La Semana Gráfica*. La oferta se vio pronto reforzada por la publicidad. De hecho, el neón, el reclamo vistoso por excelencia, quedaría asociado definitivamente a la estética urbana que se estaba construyendo, como uno de los signos más definitorios de su modernidad.

Por otra parte, mientras las clases pudientes disfrutaban en reputadas estaciones termales, como las de Cestona, Caldes de Montbuí o Fortuna, las clases medias habían de conformarse con los modestos balnearios locales o, sencillamente, con las playas de la ciudad. En realidad, durante el verano en el Balneario de las Arenas y en los populares barracones levantados junto a los merenderos de la playa del Cabanyal, cualquiera podía disfrutar con plena libertad del sol y del baño. Lo mismo que en El Saler. Entre otras razones porque las estrictas reglas de separación por sexos en zonas de baño dejaron de tener sentido, como sucedió con tantas otras realidades, con la progresiva liberalización de las costumbres que acompañó a la República.

En las imágenes, diversas modalidades de enebro marino.



Enebro, montaraz y playero

El nuevo proyecto *life-duna*, dotado con un millón de euros, permitiría proteger y expandir el enebro en la Dehesa del Saler.

Manuel Molines ■ VALENCIA
FOTOS: M. MOLINES

RECORRIENDO por la dunas de la Dehesa del Saler, agazapado entre la otras plantas, podemos encontrar un arbusto que nos resultara familiar de haberlo visto por la montaña, es el Enebro, *Juniperus oxycedrus*, aunque este junípero que vemos entre las dunas es el *Juniperus oxycedrus* subespecie *macrocarpa*. El Enebro marino, el hábitad de este arbusto, se localiza en la mitad occidental del Mediterráneo, aunque lo podemos ver también en

las islas Canarias y Madeira, en las islas baleares se encuentran ejemplares de gran porte debido a su edad.

De crecimiento lento puede alcanzar una envergadura de hasta los 10 metros alcanzando el aspecto de un buen árbol y vivir largamente los 200 años.

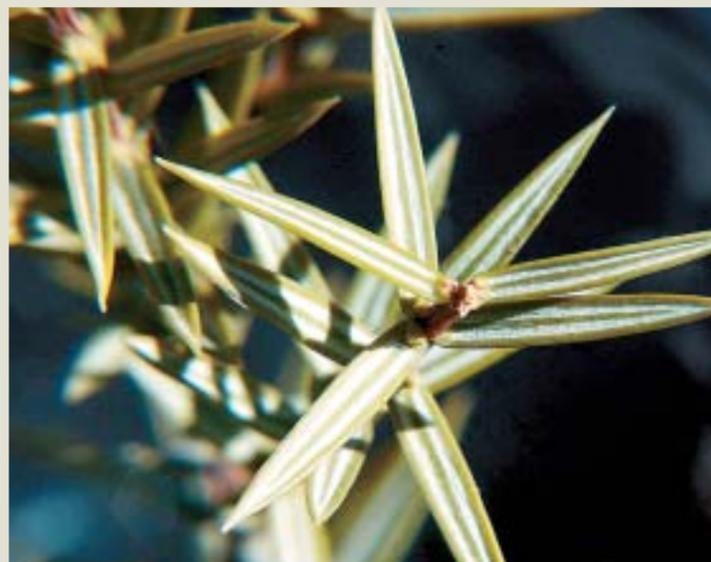
Su copa es flamígera, irregular y de follaje denso, verde glauco en su conjunto, su tronco suele ser derecho, potente y muy ramoso, algunas de ellas colgante y redondeadas. Las ramillas son tiernas, ligeramente anguloso-trigonas, la corteza se desprende con facilidad dejando al descubierto su piel de tonos rojizos, su madera blanca, utilizada en ebanistería, el sistema radical es pivotante con ramificaciones superficiales.

Las hojas son glaucas, enteras y aciculares con la extremidad afilada, sésiles y verticiladas en grupos de tres de 4 a 25 milímetros de longitud, de 1,7 milímetros de ancho, su aspecto es muy característico pues tienen dos bandas blancas separadas por una línea verde. La floración de los Enebro puede iniciarse durante el invierno aunque lo normal es en primavera, es una especie dioica, flores en plantas separadas, las masculinas globosas casi

El enebro se distribuye desde la cota cero, 1.ª línea de mar, hasta los 1.500 metros

sésiles con estambres empizarrados con 3 o 7 sacos polínicos, las femeninas se diferencian de *J. communis*, por su pequeño tamaño, subglobosas, carnosas y soldadas en la base, lobulos erectos en forma de botella, los frutos, en galvulos solitarios de olor amarillento pasando al parduzco al madurar. Aparecen en la parte terminal de las ramas terciarias de 6 a 12 milímetros, con las escamas soldadas, indehiscente y lustrosas, maduran en otoño del 2º año, conteniendo tres semillas ovales.

De este arbusto lo más aprovechable es su capacidad de fijación de dunas, de sus frutos para aromatizantes y de su blanca madera se pueden extraer aceites medicinales. Si contar su gran interés Botánico como especie singular necesitada de protección.



Datos de la especie

Nombre común	Enebro marino
Nombre científico	<i>J. Oxycedrus</i> L. subsp. <i>macrocarpa</i>
Hábitat	España
Planta	Arbusto 10 mts
Hoja	Perenne
Floración	Primavera
Fruto	Arcéstidas
Edad	200 años
N.º ejemplares	370

Dónde verlo

Gran vía Fernando el Católico, Jardín Botánico, Dehesa del Saler.



Alfons Cervera regresa a la literatura con «Aquel invierno», una historia sobre el dolor y sobre el silencio que se incluye dentro de su ciclo novelístico sobre la memoria. Y es que, según Alfons Cervera, recuperar la memoria es hoy más necesario que nunca, porque, dice, sólo la memoria nos enseña a saber más del presente que vivimos.

Carmen Amoraga ■ VALENCIA
FOTOS: MANUEL MOLINES

—Usted ha dicho que lo que los escritores escriben apenas les pertenece. Si esto es cierto, ¿por qué escribe, Alfons Cervera?

—Escribo porque me gusta, porque me apasiona sentarme delante del ordenador y empezar a inventar historias, porque no sé si hay algo más hermoso que mirar lo que te rodea, lo que te encuentras por la calle, en un café o en el supermercado y convertir todo eso en una historia que incluso puede servirte para explicarte el mundo. Y aún más: escribir novelas es algo que no se acaba nunca, que encierra una especie de duración en que se mezclan personajes, tiempo, puntos de vista que no sólo enriquecen la novela sino a ti mismo. No sé si también a quien las lee, pero sí a ti mismo. Por eso, a lo mejor, digo lo que tú dices que digo: que una vez escritas las historias dejan de pertenecerte, porque a partir de que la novela está en la calle ya es de otros, de quien se acerque a ella y la haga suya desde su lectura.

—Y, entonces ¿qué le queda, de todo esto, de tanto esfuerzo?

—Algo que es difícil de contar. No sé, uno tiene la sensación de que lo que se queda después de escribir una novela es el vacío, una especie de nube que te impide ver, sentir, seguir en una relación normal con lo que te rodea. Cuando le pongo la palabra fin a una historia esa como si después sólo hubiera un túnel, un túnel oscuro como ese pasadizo negro que en Gestalgar imaginábamos, junto al río, lleno de esqueletos encadenados. Después de acabar una novela hay eso, la sospecha de que ahí está todo, de que ya no hay nada más que contar, de que será difícil encontrar otros personajes capaces de seducirte, de obligar a sentarte delante del ordenador y continuar inventando historias.

—¿Qué le llena más: la crítica de un lector, o poder dar voz a todos aquellos que no la tuvieron entonces?

—Las dos cosas me satisfacen muchísimo. Me gusta que me digan si mis novelas les han gustado o no, uno aprende mucho de eso, mucho. Y claro que me llena de orgullo pensar que a través de mis personajes hay quien habla sin miedo, sin ataduras con el pasado infame, que cuenta su historia para que nos

sirvan de algo, no sé muy bien para qué, pero seguro que para algo.

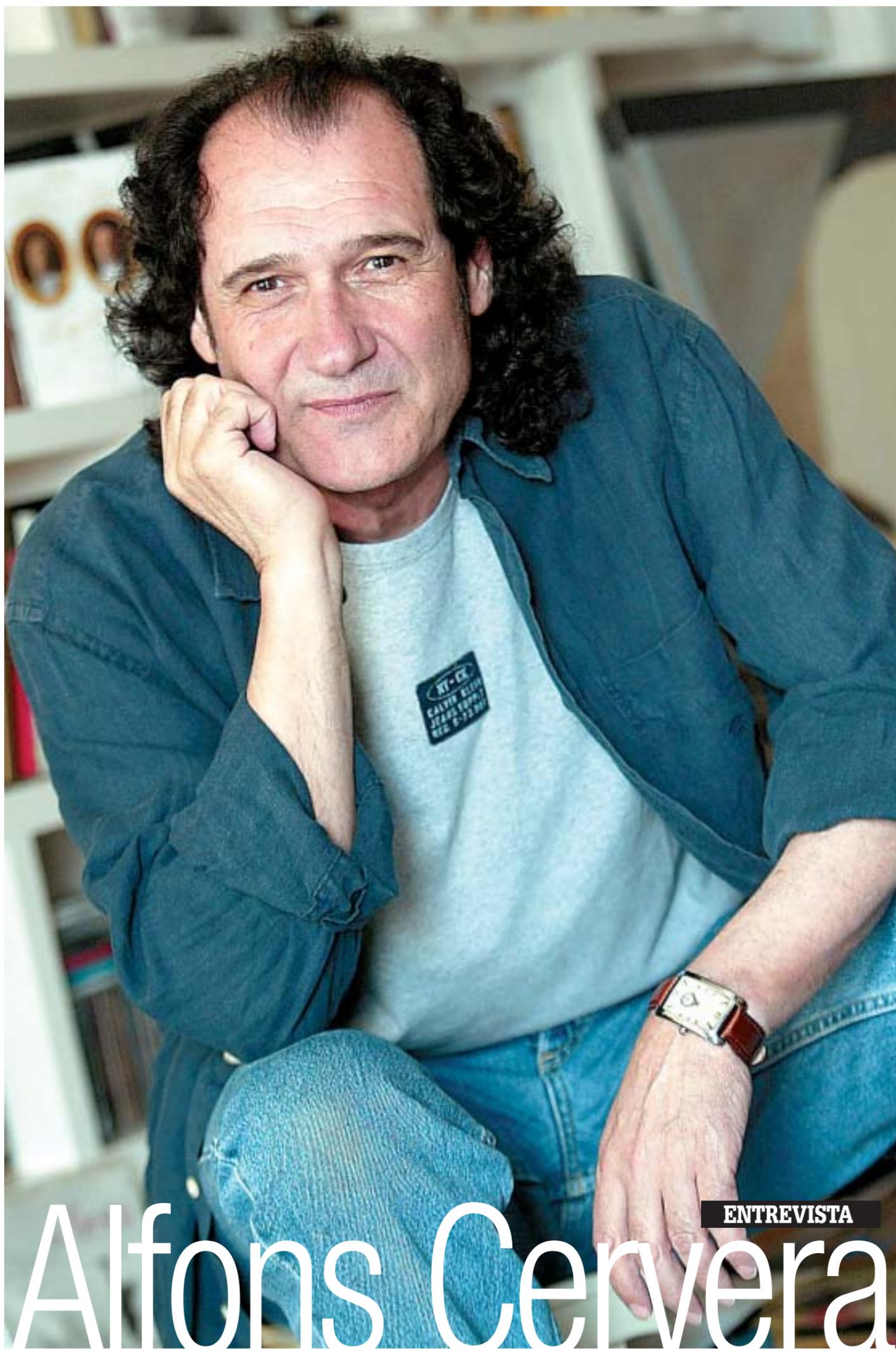
—Esta es su novela número catorce. ¿Qué ha cambiado de Alfons Cervera como escritor y como persona?

—No lo sé. Me gusta pensar que como escritor algo he aprendido después de tantos libros, que la ilusión de los primeros libros se ha convertido en más sabiduría, en una manera de enfrentar el oficio de escribir con una madurez que en los primeros años no tenía. Ojalá fuera así, ya me gustaría.

«Con novela o sin novela, esta mierda de mundo no encontrará en mí un aliado fácil»

Y como persona, pues creo que siempre estuve del lado en que ahora estoy, que no me bajo fácilmente de ese sitio, que no me gusta el mundo en el que vivo y que seguiré haciendo lo imposible para cambiarlo. Con novelas o sin novelas, pero esta mierda de mundo no encontrará en mí un aliado fácil.

—«Aquel invierno» forma parte de su ciclo novelístico sobre la memoria, del que ya forman parte «El color del crepúsculo», «Máquis» y «La noche



ENTREVISTA

Alfons Cervera

“ No sé si hay algo más hermoso que mirar lo que te rodea, lo que te encuentras por la calle, en un café o en el supermercado y convertir todo eso en una historia que incluso puede servirte para explicarte el mundo.

“ Convertir algo en una moda es la mejor manera de borrarlo del mapa.

“ La gente quiere saber, y esta democracia no es que sea la leche, pero permite al menos que se abran boquetes en algunas zonas que hasta hace poco se mantenían oscuras.

“ Zanzar el tema de las «dos Españas» es un cuento chino que nos quieren endilgar desde el discurso del consenso.

“ Yo no pretendo reabrir nada entre otras cosas porque esas heridas nunca se cerraron.

“ La memoria nos enseña a saber más del presente, a montar mejor las estrategias de futuro. No me interesa esa memoria paralizante que es más nostalgia que otra cosa.



inmóvil» ¿Cómo una trilogía pasa a formar un ciclo?

—Nunca pensé que iba a escribir una trilogía. Sólo quería escribir una novela que hablara de mi infancia y de ahí salió *El color del crepúsculo*. Pero enseguida me di cuenta de que esa novela pedía otras dos, al menos otras dos. Las preguntas que se hacía aquella infancia no encontraban respuesta en los adultos porque los adultos estaban cagados de miedo, aquel miedo que la dictadura franquista incrustó con saña en la conciencia de la gente que había perdido la guerra. De ahí vinieron *Maquis* y *La noche inmóvil*. Entonces supe que la trilogía habría de convertirse en ciclo más tarde o más temprano. La memoria es inagotable, sobre todo cuando esa memoria ha sido machacada, hecha pedazos porque la derrota no tiene ningún derecho y mucho menos el del recuerdo.

—¿Eso es lo que nos cuenta en «Aquel invierno»?

— Son muchas historias que adquieren pleno sentido cuando se las junta. Un pueblo pequeño, Los Yesares, el mismo que aparece en las novelas anteriores. Unos personajes que relatan sus vidas a una chica francesa, hija de emigrantes, que ha llegado al pueblo para escribir su tesis universitaria sobre cómo la gente, desde la más mayor a la más joven, vivieron los años de la posguerra, unos desde su propia experiencia y otros según se los habían contado. Creo que es la novela en que el dolor se muestra más descarnado, y no se trata sólo del dolor físico sino de muchos otros: la ausencia, la obligada ruptura con la gente que quieres, el silencio, las noches en vela porque la puerta se abría todas las madrugadas a la amenaza de los guardias, esa radio clandestina, llena de interferencias, que era la única fuente que a uno le servía para vencer las mentiras del franquismo. Pero no sé, creo que hay, en algu-

nas ocasiones, un breve respiradero fundado en el humor, no muchas veces pero a ratos creo que una leve sonrisa, al menos, sí que se te queda en la cara...

—Hay quien ya opina que ésta es su obra más redonda...

—He escuchado algunas opiniones que lo aseguran. Ojalá fuera así. A mí me costó mucho encontrar el registro, todos los registros que las distintas voces de la novela exigían, mezclar el lenguaje coloquial con el otro, con ése que el escritor ha de mostrar para ser escritor y no un artista del encantamiento y la impostura. Si es así, sería como comprobar lo que te decía antes, que uno intenta aprender en cada libro, escuchar, leer a quien sabe más y poco a poco, libro a libro, ir asentando una manera propia de escribir. Ojalá esta novela fuera la mejor. Creo que la apuesta era difícil y sería un gozo haber conseguido escribir una buena historia.

—Si hay una constante en su literatura es, precisamente, la recuperación de la memoria. ¿Por qué cree que somos tan desmemoriados?

—No es que seamos desmemoriados. Es que la memoria va y viene y en este país nos la robaron en mitad de ese camino. En la dictadura no se podía contar la memoria de quienes defendieron la República y perdieron la guerra. Luego, cuando se murió la bestia, la transición tampoco cultivó demasiado, sino todo lo contrario, la posibilidad de encontrarnos con un pasado que era el nuestro, el de la dignidad, el que protagonizaron quienes durante tantos años habían sido considerados los malvados de la película.

—Últimamente, se ha producido una gran proliferación de títulos que ambientados en la guerra y en la posguerra. En su opinión, ¿no cree que convertir esta época en una especie de moda literaria puede no beneficiar a quienes la sufrieron?

—Convertir algo, lo que sea, en

una moda es la mejor manera de borrarlo del mapa. Hoy es una moda y mañana nadie se acuerda de eso. Pero a pesar de esa posibilidad, está muy bien que ahora hayamos superado aquellos años de silencio. Hoy todo el mundo quiere saber, nadie se conforma con los silencios. Los nietos preguntan a sus padres por qué nunca le contaron qué pasó con ese abuelo o esa abuela de la que nunca supieron nada, por qué ahora no hacen más que sacar muertos de las fosas comunes. Ahora saben que esas fosas no están sólo en Chile o Argentina sino que en este país, como dicen en alguna parte, hay más muertos en las cunetas que en los cementerios. Es lo que tenemos que agradecer a la dictadura, a la crueldad del levantamiento fascista contra la República en 1936. Eso le tenemos que agradecer, la muerte, el desarraigo, los exilios, el miedo. Y aún hay quien aplaude aquella época, aún hay gente que la aplaude...

—Sí, pero, en cualquier caso, ¿a qué se debe esta tendencia?

—Pues yo creo que a eso que te cuento. La gente quiere saber, esta democracia no es que sea la leche de democracia pero permite al menos que se abran boquetes en algunas zonas que hasta hace poco se mantenían oscuras. Ya no estamos hablando de la batallita del abuelo sino de algo que tiene que ver con la cultura, con el debate histórico, con el poner encima de la mesa las ideas y discutir sobre ellas...

—Entre los autores de este tipo de libros, hay una gran mayoría que sostiene que hay que zanjar el tema de las «dos Españas»...

—Eso es el cuento chino que nos quieren endilgar desde el discurso del consenso. Escribir lo que yo escribo, dicen algunos, es reabrir las heridas de la guerra, incordiar la reconciliación entre los unos y los otros. Pues no, para nada. Yo no pretendo reabrir nada, entre otras cosas porque aquellas heridas nunca se cerraron. Los que ganaron la guerra piensan que ellos son los buenos y los otros los malos. No se bajan del burro: Franco sigue siendo su héroe y nosotros unos desalmados que quemábamos iglesias. Ellos montaron la guerra, urdieron una represión que no dejó títere con cabeza... Y ahora yo no puedo escribir novelas que cuenten la otra versión, que intenten acercarnos a otra realidad. Seguirá habiendo dos Españas mientras los vencedores de la guerra sigan enganchados enfermizamente a las reglas terribles de la dictadura. Pero que no me echen a mí la culpa. Ni a mis novelas...

—Hace dos años, cuando publicó «La sombra del cielo», ya le hice esta pregunta. Ahora, visto lo visto, se la repito: ¿sigue siendo necesario reivindicar la recuperación de la memoria?

—Tanto como entonces, seguramente más. La memoria nos enseña a saber más del presente, a montar mejor las estrategias de futuro. No me interesa esa memoria paralizante que es más nostalgia que otra cosa. Hablo siempre de la memoria que es dinámica, que nos empuja adelante, que nos enseña las claves para no seguir cayendo

en los engaños del lenguaje: dejémonos de las grandes palabras, que si reconciliación, que si perdón, que si gaitas. Hablemos de justicia, de sentirnos libres para expresar lo que pensamos, de ser felices sin que nadie tenga que pedirnos cuentas por ello...

—¿No cree que también tendríamos que recordar aspectos más cercanos? Por ejemplo, que la gente siga votando al PP valenciano después de la que está cayendo...

—Claro que sí. Pero yo eso lo hago con mis artículos en este periódico, por ejemplo. Cada género tiene sus circunstancias, exige unas habilidades. Y yo, para las historias vividas en las propias narices, echo mano de las columnas periodísticas. Y si no que se lo pregunten a Zaplana o a Rita Barberá, que se lo pregunten...

—Escritor, poeta, articulista, defensor del medio ambiente, recuperador de la memoria, miembro destacado en algún tiempo de la Unión de Periodistas... ¿hay algún frente en el que no milita?

—Es que me siento a gusto en todo eso. Otros prefieren la parafernalia social, la presencia pública en otros ambientes más encopetados. Al cabo, uno elige sus compañeros de viaje. Y ahí, en esas militancias encuentro siempre la más estimable de las compañías.

—Y este compromiso personal, ¿hasta qué punto afecta su literatura?

—Si en algo la afecta, espero que sea para bien. Yo sería incapaz de escribir algo que no tuviera que ver con el punto de vista ético que tengo de lo que pasa o no pasa aquí cerca o en el lugar más alejado del planeta. Y no creo que eso sea necesariamente malo, ni para la literatura ni para nada.

—¿Cree en la literatura de compromiso? Lo digo porque hay otros escritores que consideran un acierto que la ideología de un autor no se note en su obra...

—Otro cuento chino. Lo que hay que hacer es escribir buenas novelas. Pero hay gente que se pasa la vida inventando tonterías, incluso dedican grandes tochos a reflexionar sobre esas tonterías. En fin...

—Usted se codea con algunos de los mejores escritores de la literatura actual, pero sigue afincado en Valencia, y sigue ambientando sus novelas en Los Serranos y en la Comunidad Valenciana. Es usted la prueba de que se puede escribir y vivir fuera de Madrid y Barcelona...

—Es que yo nací ahí y nunca fui de otro sitio. Las ciudades me desbordan, me acojonan un poco. En Gestalgar está mi gente, los sitios que más quiero, los que me vieron crecer en aquella infancia miedosa de los años cincuenta. No me veo viviendo en Madrid, en Barcelona. Viajo a esas ciudades para ver a esos amigos que dices y a muchos otros, para disfrutar de ese rito sagrado de la amistad, lo mismo que cuando ellos vienen a Valencia. Pero nunca se me ha pasado por la cabeza largarme de mi pueblo. Y no es por miedo a dar el salto, como suele decirse en términos artísticos, qué va, a estas alturas sólo me da miedo viajar en avión, sólo eso. De verdad que sólo eso. Bueno, eso y a ratos los telediaros.



Jorge Bucay

DEJAME QUE TE CUENTE

Egoísmo «bueno y malo»

ME gustaría pedirle que antes de comenzar a leer este texto deje sus prejuicios de lado. Los latinos solemos enamorarnos de algunas palabras y demonizar otras sin detenernos demasiado a saber de qué hablamos cuando las utilizamos. Aun a riesgo de ser acusado (una vez más) de individualista, sigo sosteniendo que al objetivo del bien común le vendría muy bien que cada uno se ocupara de su propio desarrollo, aunque no sea más que para poder ayudar más apropiada, más justa y más eficazmente al prójimo. Si intentáramos definir el egoísmo en sentido estricto deberíamos hacerlo como el amor liso y llano por uno mismo. Pasado este primer escollo y ya diferenciada la palabra de sus parientes lejanos, la egolatría y el egocentrismo, deberíamos admitir por el uso cotidiano que existen dos tipos de egoísmo. Un egoísmo bueno, saludable y constructivo que nos ayuda a cuidarnos, a ocuparnos de nosotros, a crecer y a aprovechar lo que la vida nos acerca sin dañar a otros; y un egoísmo malsano, mezquino,

cruel y dañino. Diferenciarlos no es difícil, el segundo es el que sienten las personas mezquinas, crueles y dañinas. Estoy diciendo que lo malo del egoísmo no es, pese a su mala prensa y al uso cotidiano que le damos a la palabra, el sentimiento autorreferencial en sí, sino en todo caso la desagradable persona a la cual le referimos el calificativo. Sostenemos sin fundamento que el egoísta no puede pensar en nadie que no sea él mismo, porque se quiere tanto que no puede querer a nadie más (?) como si existiera un espacio limitado para el amor, como si fuera que si me lleno de amor por mí, no me queda lugar para amar a otro. Esta idea no sólo es absurda, sino que además es absolutamente maliciosa. No hay ninguna limitación cualitativa en mi capacidad afectiva, no tengo límites para el amor y nadie los tiene. Estoy asegurando que usted tiene la capacidad para querer infinitamente y querer muchísimo a los demás. Y algo más, desde el punto de vista de la psicología actual, es imposible que usted pueda amar genuinamente a alguien si antes no es capaz de querer a usted mismo. Las dos religiones madres de nuestra cultura, la judía y la cristiana, lo enseñan con claridad en la máxima fundamental: «amarás a tu prójimo como a ti mismo», nos enseñan. Pero jamás dicen amarás más que a ti mismo; y eso es porque la sabiduría popular intuye y conoce que el amor al prójimo empieza con la posibilidad de verme pro-



ILUSTRACIÓN: ELISA MARTÍNEZ

yectado en otros. Nuestros ancestros tenían absoluta conciencia de aquello que la psicología demostraría 2.000 años más tarde: que el amor por los otros se genera y se nutre desde el amor a uno mismo. Hay un viejo cuento tradicional que trata de una muchacha llamada Ernestina. La niña vive en una granja, lejos de la ciudad. Un día, su padre le pide que lleve un barril lleno de maíz hasta el granero de una vecina. Ernestina

llena de granos un barril de madera, le clava una tapa y se lo ata colgando de los hombros como si fuese una mochila. Una vez afirmadas las correas, Ernestina parte hacia la granja vecina. En el camino se cruza con un amigo de su padre que al ver una hilera de granos cayendo del tonel se da cuenta de que hay un agujero en el barril y desde lejos le grita: —¡Ernestina, estás perdiendo el maíz!

Ernestina se da vuelta y desanda con sus ojos el camino recorrido y como no ve granos en la senda, porque los pájaros han estado levantando cada grano de maíz con el pico antes de que tocaran el piso, cree que es una broma y sigue su camino. Más adelante, otros granjeros también le gritan: —¡Niña, niña! ¡Que estás perdiendo el maíz!... Ernestina se da vuelta una vez más y ve los pájaros que revolotean sobre el camino, pero ni un grano de maíz en el sendero. La joven se encoge de hombros y sigue su camino. Cuando Ernestina llega a su destino y abre el barril ve, sin sorpresa, que el barril sigue lleno de granos de maíz hasta el mismo borde... Se puede pensar que es sólo una parábola para estimular a los ávaros a dar, se puede creer que el cuento es sólo una alegoría, acerca de la recompensa de los ingenuos. Y sin embargo, es mucho más que eso. Cada uno de nosotros es Ernestina. Y este maíz es lo que cada uno puede amar, lo que cada uno tiene para dar de sí a otros. No nos vamos a quedar sin maíz para nosotros si le damos a los pájaros, ni al revés. No nos quedamos sin capacidad de amar a otros si nos amamos a nosotros mismos. En términos de amor, todos tenemos para dar inagotablemente. Nuestro barril está siempre lleno, porque así funciona nuestro corazón, así funciona nuestro espíritu, así funciona la esencia en cada uno de nosotros.



Antonio Vergara

SALVE Y USTED LO PASE BIEN

El camarote de los Marx

EN los años 40 y 50, las numerosas familias pobres del país vivían, alquiladas o realquiladas, en pisos de 30 ó 40 metros cuadrados, o poco más, y desde luego sin ascensor, pero con varios hijos. Tristísimo remake de la secuencia del camarote de los hermanos Marx. Incluso, y se ha olvidado, a la manera troglodítica. Recuerdo perfectamente haber visto entonces las cuevas de Benimámet o Godella (hubo muchas más, en toda España). Familias enteras habitaban en estos subsuelos, que la propaganda del momento calificaba de viviendas típicas. Y luego vinieron las casas baratas, en la época del Ministerio de la Vivienda del ministro José Luis Arrese. Viviendas dignas, construidas en los barrios más deprimidos de las ciudades o en las afueras de los pueblos. Aquello no tenía ninguna gracia. Matrimonios con tres o cuatro hijos malvivían en 30 ó 40 metros cuadrados (pongamos 50: casi da lo mismo). Una cocinita, el denominado polivan para ducharse, la claustrofóbica habitación de matrimonio, un co-

medor enano y una habitación compartida y promiscua. Si ya de por sí la coexistencia pacífica de los seres humanos es muy difícil y más concretamente imposible, el amontonamiento de la grey familiar en esos espacios carcelarios no contribuía a una armónica relación. Ya demostró el sociobiólogo Laboret, experimentando con ratones, que su agresividad aumenta hasta límites peligrosos cuando se les somete al hacinamiento en su hábitat, digamos una jaula muy pequeña, o sea, el equivalente a un piso de 25 ó 30 metros cuadrados. No es ninguna abusiva extrapolación, a no ser que todavía haya quien crea que hay sustanciales diferencias de comportamiento y reacciones entre mamíferos como el ratón y el hombre. Ahora, la ministra socialista y arresiana de la vivienda, ha propuesto la versión progre de las casas baratas de antaño. Aquel drama de la España de la larga posguerra se intenta vender ahora como una avanzada solución habitacional. Pero es un parche. Y un reconocimiento implícito e involuntario del fracaso de las políticas sociales en este ámbito. Los ciudadanos que ya viven en estas ratoneras lo hacen porque no tienen más remedio. Personas que están solas, sin padre, ni madre, ni perrito que les ladre. Ni ingresos para mudarse a un piso de 80 metros cuadrados, donde el w.c. no se mezcla con la nevera, el lavabo, el cubo de la basura, el fregadero y el camastro.



ILUSTRACIÓN: ELISA MARTÍNEZ

El testimonio de un señor mayor que habitaba en un piso de 30 metros cuadrados desde mucho antes de esta ocurrencia gubernamental ha sido concluyente: «Vivo aquí y solo porque no cabe nadie más.» Este buen hombre, pues, si fuese joven, no podría llevarse a una chati a su solución habitacional, ni mucho menos formar una familia en condiciones, porque, en ambos casos, no cabrían. Los expertos han dicho que estos pisitos están inspirados en el déficit de viviendas de los antiguos países del socialismo real, es decir, que el socialismo y el comunismo eran tan reales que los ciudadanos malvivían entre cuatro paredes, eso sí, con antiburgueses servicios comunes tales como el lavadero o los w.c. Otros afirman que en los países nórdicos también se pirran por ellos.

En cuanto al lavadero, es de muy vieja raigambre y urgencia popular. Trasladándonos del socialismo real a, por ejemplo, Villar del Arzobispo o Pedralba —años 40, 50 y parte de los 60—, toda la ropa de sus habitantes se enjabonaba y aclaraba públicamente, en los lavaderos, que eran, además, centros sociales y lugar donde se cotilleaba. Recuerdo a mi abuela, con el pozal debajo del brazo, lleno de ropa sucia, camino del Jordán. En ayuda de la ministra han acudido los arquitectos iluminados y de progreso, y los periodistas del mismo ramo (ellos no aspiran a vivir en tales madrigueras, y no se lo reprocho). Resulta que, a su parecer, los dormitorios normales ocupan demasiado espacio y son de derechas, pues es más que suficiente con un sofá-cama adosado al w.c. En cuanto a compartir servicios comunes (lavadero, un armario o el trastero) afirman que «de este modo se genera una reflexión de progreso, un diálogo, entre el piso y el exterior social». Chorradas así me hacen perder la fe en la arquitectura. En la película *El cochecito*, de Marco Ferreri, bajaban por la ventana de un piso de 40 metros cuadrados una gallina atada con una cuerda para que pudiera picotear en un comunitario y minúsculo pato interior o corrala. Pero esto sucedía en 1960. Si ahora lo que se ofrece como solución al problema de la vivienda son 25 ó 30 metros cuadrados, da la impresión de que lo mejor está por llegar. Esperaremos.